

Miles de placentinos se vuelcan en una Cabalgata con espíritu carnavelero

Caramelos, frío y mucho circo para dos kilómetros y medio de ilusión, silencio inclusivo, prisas finales y Reyes Magos que llegaron justo a tiempo a la plaza Mayor

JUAN CARLOS RAMOS

PLASENCIA. Con puntualidad casi británica –apenas cinco minutos por encima de las seis de la tarde–, la Cabalgata de Reyes Magos de Plasencia abandonó su cuartel general del recinto ferial de El Berrocal rumbo a la plaza Mayor. Por delante, dos kilómetros y medio de ilusión, caramelos, disfraces y frío del bueno, del que cala despacio pero no perdona. Por suerte, este año el desfile empezó una hora antes de lo habitual, porque aguantar casi dos horas y media con el termómetro coqueteando con los cero grados habría puesto a prueba incluso la fe más sólida en Melchor, Gaspar y Baltasar.

Los primeros 200 o 300 metros transcurrieron en un silencio casi solemne, pensado para acompañar a niños con discapacidad sensorial o trastornos del espectro autista. Una Cabalgata inclusiva, sin música, que arrancó todavía con luz natural, algo que tampoco es lo normal por estos lares. El silencio, eso sí, no fue obstáculo para que comenzara la tradicional lluvia de caramelos, esa que cada año da para debates posteriores, foros encendidos y cálculos imposibles. La organización habló de 1.400 kilos, aunque el veredicto definitivo, como siempre, se dictará al día siguiente en internet.

Desde un punto de vista particular, no faltaron caramelos, al menos durante los dos primeros kilómetros. Otra cosa es el tramo final. Hasta el centro de especialidades Luis de Toro, la Cabalgata avanzó con parsimonia, casi con vocación contemplativa. Pero al llegar a la estatua ecuestre de Alfonso VIII, la comitiva pareció engranar la quinta marcha y adquirir una velocidad de cruce digna de autopista. No es que allí se lanzaran menos caramelos, es que hubo menos tiempo para tirarlos. Cuestión de física aplicada a la ilusión infantil.

Fue una Cabalgata fría pero animada. Miles de placentinos se echaron a las cunetas –literalmente– bien pertrechados con abrigos, bufandas, guantes y gorros, para hacer frente al primer día de una borrasca gélida que decidió acompañar a la capital del Jerte en una de sus tardes más mágicas del año. Niños, mayores, pa-



Uno de los puntos de mayor afluencia volvió a ser el acueducto, a un kilómetro de la salida. J. C. R.



Sus Majestades se dirigieron a los niños desde el balcón consistorial. J. C. R.

dres, abuelos y algún que otro valiente sin guantes compartieron espera, caramelos y comentarios sobre lo rápido o lento que iba «esto».

Y es que, visualmente, el desfile no se diferenció demasiado del que veremos dentro de unas semanas con motivo del Carnaval. Los motivos navideños brillaron más bien por su ausencia. Tal y como se había anunciado, el leitmotiv fue el circo. Arlequines, payasos, saltimbanquis, hechiceras, bicicletas imposibles, personajes

de Disney y de la televisión de dibujos animados desfilaron ante el público. Lo estrictamente navideño se reducía, básicamente, a los tres Reyes Magos, que reinaban –nunca mejor dicho– desde las carrozas principales.

En lo musical, pocas sorpresas: la sempiterna Mariah Carey, el burrito sabanero de David Bisbal y, como nota novedosa y muy celebrada, la música de Extremoduro. Quizá poco acorde con la ortodoxia de una Cabalgata de Reyes, pero difícilmente más oportu-

La inesperada banda sonora de Extremoduro puso acento local y fue uno de los momentos más aplaudidos

tuna y aplaudida en una ciudad que recuerda estos días a Roberto Iniesta.

Luces, burbujas, fuegos artificiales, espuma y un ritmo cada vez más rápido condujeron al desfile hasta la plaza Mayor. Allí aguardaba el maestro de ceremonias, Paco Santos, que ejerce como tal prácticamente todo el año y que volvió a demostrar que pocos conocen mejor los tiempos y el tono de los actos multitudinarios. Desde el balcón del Ayuntamiento, Melchor tomó la palabra en un discurso más religioso que la cabalgata, cargado de mensajes de paz, bondad y solidaridad, pidiendo a pequeños y mayores que sean amables, que piensen en quien más sufre y que trabajen por un mundo mejor.

La multitud escuchó, aplaudió y, seguramente, pensó ya en la mañana siguiente. Porque, al final, la Cabalgata terminó como empiezan los sueños: con frío en las manos, caramelos en los bolsillos y la certeza de que, al despertar, la magia habrá hecho su trabajo.

Los bomberos fueron los grandes homenajeados de una cita que atrajo, como todos los años, a miles de espectadores

el año pasado. A ojo de buen cubero, no es que se viera muy poblado el desfile más allá de las personas que estaban dentro de las carrozas. Se llevaron a cabo discretos números circenses en la plaza de América (Cruz de los Caídos).

Los protagonistas rotundos fueron los tres Reyes Magos y ellos iban, como siempre, al final del desfile, cada cual en su carroza, encarnados en tres vecinos cacereños que les dan vida por una noche. El empresario Claudio Plata encarnó a Melchor, el empleado de banca Eugenio Sánchez a Gaspar y el actor Barso Coubaly le puso cuerpo y cara a Baltasar, el más coreado, gritado y aplaudido, eso es un hecho.

No hay Cabalgata de Reyes sin caramelos y este año se tiraron más que el año pasado. En total fueron más de 4.000 kilogramos de dulce los que llovieron, mil más que en la edición de 2025.

Lo de coger los caramelos del desfile es un verdadero arte que algunos controlan a la perfección. Los más atrevidos se quitaron el gorro, pero la mayoría portaba bolsas para capturar al vuelo los codiciados dulces.

Ya no son duros proyectiles con capacidad de hacer chichones. La mayoría son modalidad 'blanditos', esa categoría de caramelos que aunque se peguen en la muela no hacen daño. Plátano, fresa, piña y otros sabores de frutas fueron muy disputados a lo largo del recorrido. A pesar de la vallas que jalonaban una parte del mismo, en otras zonas no había esta limitación física y se generaba cierta sensación de peligro al acercarse las personas demasiado a los vehículos para hacerse con los caramelos.

El desfile fluyó tranquilo hasta la Plaza Mayor en donde, tras la recepción, los Reyes afrontaron la noche de su reparto mundial de ilusión, ese material intangible que, a diferencia de la mayoría de los regalos, no se compra ni se vende.